

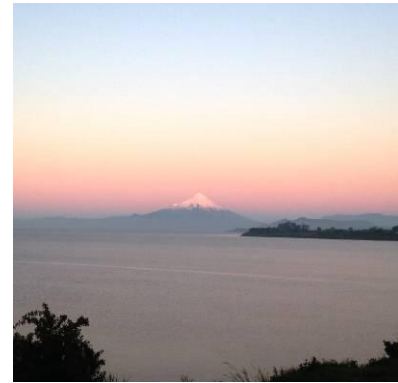
Puerto Varas y Chiloé: La Galicia del Sur

Hasta allí llegué, hasta aquí me trajeron mis actividades profesionales, a la Región de Los Lagos, en la Patagonia Andina, en el sur de Chile, y me hacía ilusión. Volé



desde el aeropuerto de Santiago de Chile a Puerto Montt y desde allí me acerqué a Puerto Varas, que se encuentra a 21 kilómetros, donde fijé mi residencia en el excelente y, sin lugar a dudas y haciendo honor a su nombre, privilegiadamente situado hotel Cumbres. Esta pequeña, acogedora, apacible ciudad, conocida como “de las rosas”, fundada en 1853 por colonos alemanes y suizos, se halla a los pies de una impresionante y colorida iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, de arquitectura inspirada en la de Marienkirche de la provincia de Selva Negra

en Alemania. A lo principal del núcleo urbano lo bañan las aguas del lago Llanquihue, que en lengua de los antiguos pobladores significaba lugar (hue) sumergido (llanquyn), con sus 860 km², que lo convierten en el segundo mayor de Chile. Quizás esos primeros habitantes bien pudieran ser alguno de aquellos “patagones” (o tehuelches), hombres altos y corpulentos, que según los testimonios de la época su estatura podía oscilar entre los 1,85 metros hasta los tres metros, aunque después, parece ser que ya con más calma e información, la poco creíble cifra se acabó convirtiendo en algo más de andar por casa pero tampoco nada despreciable, digamos que en una estatura simplemente alta, de entre 1,73 y 1,83 metros. Las calles de la ciudad tienden a desembocar, dejando la Plaza de Armas casi en medio, en un paseo que la festonea siguiendo la orilla del lago, desde el que mirando al horizonte se descubren las cumbres perennemente nevadas de los volcanes Osorno, con su pico perfecto, y Calbuco, más desgarrado. Todo a lo largo del litoral



podrás encontrarte con numerosos negocios más que aptos para disfrutar de los placeres de la mesa, de excelentes variedades de mariscos, pescados y carnes, que se pueden acompañar de los, a cada cual, más excelentes vinos del país o, si lo prefieres, del típico pisco sour, cuyas virtudes se disputan con los peruanos. Y voy a dar el nombre de uno de esos restaurantes, el del más tradicional y afamado, dicen que siempre lleno, un poco alejado del centro, y al que yo no pude acudir por falta de tiempo, el restaurante *La Olla*.

En Puerto Varas existen oficinas donde contratar excursiones y otras actividades turísticas. Resulta casi obligado navegar por el Lago Todos los Santos, observando los volcanes Osorno, Calbuco, Puntagudo y Tronador, y visitar Los Saltos del Río

Petrohué (lugar de petros, pequeños mosquitos también conocidos como jejenes, que algún listo te traducirá por lugar de piedras) con sus aguas de color esmeralda. También resulta interesante acercarse a Frutillar, donde me encontré con una atmósfera diferente y su gran Teatro del Lago, un magnífico e inesperado inmueble que bien pareciera flotar sobre las aguas, con una inversión de 44 millones de dólares en un poblado con apenas 16 mil habitantes. La iniciativa nació en 1996 cuando un gran empresario, Guillermo Schiess, en combinación con las autoridades locales, decidió construir un teatro para la comunidad. Edificado con madera y un techo de cobre, la sala principal resulta impresionante.

Fue un tal Bernardo Eunom Philippi el que propulsó la venida de numerosos colonos alemanes a estas tierras,



que le evocaban la belleza de Suiza. Toda la ribera del lago (lugares conocidos hoy como Llanquihue, Frutillar, Puerto Octay, Puerto Fonk y Puerto Klocker) les fueron entregadas para que fueran colonizadas por ellos. El Estado chileno los apoyó no solo entregándoles tierras, sino también víveres durante los primeros años y los equipó con bueyes, vacas y semillas para la siembra. El Estado también

financió la construcción de iglesias y escuelas y les proporcionó la atención médica necesaria. La influencia de su presencia es más que evidente.

A estas tierras acudieron, en tiempos bastante más difíciles, gallegos ilustres y aguerridos, como Pedro Sarmiento de Gamboa ($\pm 1530 - 1592$), parece ser que oriundo de Pontevedra, y Rodrigo de Quiroga (1512 - 1580), que todos dicen nacido en San Juan de Boime y que no he sido capaz de localizar en el mapa, quien, bajo su mandato, su yerno Ruiz de Gamboa conquistó la isla de Chiloé, a la cual llamó Nueva Galicia. Para mí la visita a esta isla era naturalmente ineludible. Me mereció la pena. Su capital: Santiago de Castro, advocación del apóstol obligada, como tantas y tantas otras por tierras de América, y de Castro en honor al virrey interino de Perú, Lope García de Castro. Esta ciudad dista unos 113 kilómetros desde Chacao, la puerta de entrada de Chiloé, a la que se llega sirviéndose de transbordadores que parten desde el lugar de Pargua y que hacen del viaje un momento de placer. No hay ninguna catedral aquí pero sí, entre otras curiosas



iglesias, una conocida erróneamente como tal, la parroquia de San Francisco de

Castro o, para algunos, iglesia Apóstol Santiago, nombrada patrimonio de la humanidad en el año 2000. Aunque la denominación de Nueva Galicia no aguantó el paso del tiempo, parece que sí lo hizo la realidad de lo que por allí me encontré: el clima, el verde del paisaje, los tojos (que llaman chakay y que parece trajeron los colonizadores alemanes para cercar sus casas), las retamas de flor amarilla, los manzanos para obtener la chicha (en esta zona, el término alude a un fermentado de manzana más rústico que la sidra, que se elabora a finales del verano) y tantas cosas más, como el cultivo de la patata y la industria relacionada con la pesca. Y ahora el turismo. Y esto mismo se podría decir que coincide con lo encontrado en el actual Puerto Varas y limítrofes.

Uno de los regalos de Chiloé, de su isla grande, es poder visitar los palafitos de Río Gamboas y Pedro Montt. En el pasado estas construcciones eran mucho más frecuentes pero el terremoto y posterior maremoto de 1960 las hicieron desaparecer.



A lo largo de toda la zona que pude visitar me encontré con casas de madera, con sus paredes cubiertas de tejas muy resistentes a la humedad procedentes de un árbol de muy larga vida, el alerce. Este invento fue traído por los colonos alemanes, que llamaban pizarrilla a esta forma de moldear la madera. Debido al elevado consumo y para evitar su desaparición, en la actualidad, el alerce es una especie protegida.



Llegué a estas lejanas tierras con la habitual promesa de unas abundantes lluvias, propias de la época, y me encontré con una plétórica primavera, adornada de amarillo, con pinceladas de rojo debidas al abundante notro o ciruelillo, al que



diría se debe la gran profusión de artesanía que se encuentra por todos lados, fácil de trabajar por su madera blanda pero también resistente. Me recibió el sol, que los del lugar no se lo podían creer. Nunca olvidaré este viaje ni a las gentes de Chile que tan bien me acogieron, y entre las que me sentí tan a gusto, como un “gallego” más de los de allí, durante los días que habité, demasiado pocos, estas hermosas e inolvidables tierras de la Nueva Galicia.